

CAPITULO LXXV.

CONVERSACION DE ANACARSIS CON UN SAMIO SOBRE LA ESCUELA
DE PITAGORAS.

Samio. Vos sin duda no creéis que Pitágoras haya dicho los absurdos que se le atribuyen.

Anacarsis. Lo extrañaba en efecto; porque por una parte veía que este hombre extraordinario había enriquecido su nación con los conocimientos de los otros pueblos, había hecho descubrimientos geométricos, que son privativos de grandes ingenios, y había fundado una escuela que ha dado tantos hombres grandes. Por otra

veía á sus discípulos ridiculizados á menudo en el teatro, sujetarse con obstinacion á prácticas minuciosas, y disculparlas con razones pueriles, ó alegorias forzadas. Lei vuestros autores, pregunté á los pitagóricos; pero no oí mas que un lenguaje enigmático y misterioso. Consulté á los demas filósofos; y Pitágoras no me pareció mas que un gefe de entusiastas, que prescribe dogmas incomprensibles, y observancias impracticables.

Samio. Ciertamente que no se hace favor al retrato.

Anacarsis. Escuchad toda la relacion de mis preocupaciones. Estando en Menfis, descubri la fuente donde vuestro fundador bebió las leyes rígidas que os dejó; pues son las mismas que las de los sacerdotes de Egipto. Pitágoras las adoptó, sin tener presente que el régimen dietético debe variar segun la diferencia de climas y de religiones. Citemos un ejemplo. Estos sacerdotes tienen tal horror á las habas, que no las siembran en todo Egipto; y si por casualidad nace alguna planta, apartan de ella los ojos como de una cosa impura. Si esta especie de legumbre es dañosa en Egipto, los sacerdotes debieron prohibirla; pero Pitágoras no debía imitarles, y mucho menos si la prohibicion se fundaba en alguna supersticion. Sin embargo os la ha transmitido, y nunca ocasionó en el pais de su origen

una escena tan cruel, como la que ha ocurrido en nuestros dias.

Quería Dionisio, rey de Siracusa, saber vuestros misterios. Los pitagóricos perseguidos en sus Estados, se ocultaban cuidadosamente. Mandó que se los trajesen de Italia. Un destacamento de soldados descubrió diez que iban tranquilamente de Tarento á Metaponte, á los que dieron caza como á bestias salvages. Ellos echaron á correr; pero al ver un habar que estaba en el camino por donde iban, se pusieron á defender, y se dejaron degollar mas bien que mancillar su alma tocando esta legumbre odiosa. Poco despues el oficial comandante del destacamento sorprendió á dos, que no habian podido seguir á los otros, los cuales eran Milias de Crotona, y su muger Tímica, natural de Lacedemonia, y muy adelantada en su preñez, y los llevaron á Siracusa. Quería saber Dionisio por qué sus compañeros habian querido mas bien perder la vida, que atravesar por el habar; pero ni sus promesas ni sus amenazas aprovecharon para que se lo diesen; y Tímica se cortó la lengua con los dientes por no ceder á los tormentos que la amenazaban. Ahí teneis pues lo que pueden las preocupaciones del fanatismo, y las leyes insensata que le favorecen.

Samio. Compadezco la suerte de esos infelices. Su celo poco ilustrado estaba sin duda exaspe-

rado con los rigores que de algun tiempo acá usaban con ellos, y sin duda juzgaron de la importancia de sus opiniones, por la que se ponía en quitárselas.

Anacarsis. ¿Y pensais vos que no fuera delito descubrir el secreto y quebrantar el precepto de Pitágoras?

Samio. Pitágoras no escribió nada ó casi nada. Las obras que se le atribuyen son todas ó casi todas de sus discípulos. Estos son los que han cargado sus reglas con nuevas prácticas. Continuamente oí decir, y se dirá mas todavía en lo sucesivo, que Pitágoras ponía un mérito infinito en la abstinencia de las habas; siendo cierto que en sus comidas hacia frecuente uso de ellas, segun lo oí en mi juventud á Xenófilo, y á muchos ancianos casi contemporaneos de Pitágoras.

Anacarsis. ¿Y pór qué se os ha prohibido despues?

Samio. Pitágoras las permitía porque las creía saludables; sus discípulos las prohibieron, porque producen flatulencias y otros efectos perjudiciales á la salud; y el parecer de estos conforme al de muchos médicos, ha prevalecido.

Anacarsis. ¿Con que segun vos, esta prohibicion no es mas que un reglamento civil ó un simple consejo? Sin embargo, yo he oido hablar de ella á otros pitagóricos como de una ley sagrada, y

que tiene enlace, ya con los misterios de la naturaleza, ya con los principios de una sana política.

Samio. Entre nosotros, como entre casi todas las sociedades religiosas, las leyes civiles son leyes sagradas. El caracter de santidad que se las imprime facilita su ejecucion. Es preciso usar de astucias con la negligencia de los hombres, como con sus pasiones. Los reglamentos relativos á la abstinencia se quebrantan todos los dias, cuando su mérito ne es otro que el de conservar la salud. Alguno que por conservarla no se abstendria de un placer, expondria mil veces la vida por conservar los ritos que respeta sin conocer su objeto.

Anacarsis. Pues de ese modo, aquellas abluciones, aquellas privaciones, y aquellos ayunos que observan tan escrupulosamente los sacerdotes egipcios, y se recomiendan tanto en los misterios de la Grecia, no serian en su origen mas que recetas de medicina y lecciones de sobriedad.

Samio. Así lo pienso; y en efecto, nadie ignora que dedicándose los sacerdotes de Egipto á la medicina mas provechosa, cual es la que cuida mas de precaver los males que de curarlos, llegaron siempre á lograr una vida larga y apacible. Pitágoras aprendió esta medicina en su escuela, la trasmitió á sus discípulos, y fué contado con

razon entre los mas hábiles médicos de la Grecia. Como queria hacer subir las almas á la perfeccion, era preciso desasiirlas de esta cubierta mortal que las encadena, y les comunica sus manchas. En consecuencia de esto destierra los alimentos y bebidas, que turbando el cuerpo, oscurecen y entorpecen la mente.

Anacarsis. Segun eso pensaba Pitágoras que el uso del vino, de la carne y del pescado producian esos efectos funestos, puesto que os lo prohibió severamente.

Samio. Eso es un error. Pitágoras condenaba el exceso del vino; aconsejaba abstenerse de él, y permitia á sus discípulos beberlo á la comida, pero poco. Algunas veces les servian una porcion de los animales sacrificados, excepto de buey y de carnero. El mismo no tenia repugnancia en comer de ellos, aunque por lo comun se contentaba con un poco de miel y algunas legumbres. Prohibia ciertos peces, por razones que no es del caso referir aquí. Por lo demas, preferia el régimen vegetal á todos los otros, y la absoluta prohibicion de la carne era solamente para aquellos discípulos que aspiraban á la mayor perfeccion.

Anacarsis. ¿ Pero cómo se puede conciliar el permiso que deja á los otros con su sistema de la trasmigracion de las almas? Porque en fin, como decia antes el ateniense, os exponeis to-

dos los días á comeros á vuestro padre ó vuestra madre.

Samio. A eso podria responderos que en nuestras mesas no se pone mas que la carne de las víctimas, y que solamente sacrificamos los animales que no están destinados á recibir nuestras almas; pero tengo otra respuesta mejor, y es, que Pitágoras y sus primeros discipulos no creian en la metempsicosis.

Anacarsis. ¡Cómo es eso!

Samio. Timeo de Locres, uno de los mas antiguos y mas célebre de ellos, lo confesó. Asi dice, que no haciendo bastante impresion en la muchedumbre el temor de las leyes humanas, fué preciso atemorizarla con castigos imaginarios, y anunciarle que los culpados transformados despues de su muerte en bestias viles ó feroces, apurarian todas las desgracias anexas á su nueva condicion.

Anacarsis. Con eso echais por tierra todas mis ideas. ¿No condenaba Pitágoras todos los sacrificios sangrientos? ¿No prohibia matar los animales? ¿Pues por qué tenia tanto interes en su conservacion, sino porque suponía en ellos una alma semejante á la nuestra?

Samio. La justicia era el principio de este interes. ¿Y en efecto con qué derecho nos atrevemos á quitar la vida á unos seres que, como nosotros recibieron este don del cielo? Los pri-

meros hombres, mas dóciles á la voz de la naturaleza, no ofrecian á los dioses mas que frutos, la miel y los panes que eran su alimento. No se atrevian á verter la sangre de los animales, principalmente de los útiles al hombre. La tradicion nos ha trasmitido con horror la memoria del parricidio mas antiguo; y conservándonos tambien los nombres de los que por inadvertencia, ó en un arrebató de ira mataron algunos animales de alguna especie, testifica el espanto y el horror que esta novedad causó sucesivamente en los ánimos. Fué pues preciso un pretexto, y hallando que ocupaban mucho lugar en la tierra, se supuso un oráculo que nos autorizaba á vencer nuestra repugnancia. Obedecimos; y para acallar nuestros remordimientos, quisimos á lo menos arrancar el consentimiento de nuestras víctimas. De aquí viene, que aun el dia de hoy no se sacrifica ninguna sin haberla obligado con abluciones y otros medios, á bajar la cabeza en señal de aprobacion. ¡Ved ahí cuán indignamente se burla la violencia de la debilidad!

Anacarsis. Esta violencia era necesaria sin duda; pues multiplicándose los animales se comian las mieses.

Samio. Los que propagan mucho, viven pocos años; y la mayor parte no perpetuaria su especie sin nuestros cuidados. En cuanto á los de-

mas, los lobos y buitres nos hubieran hecho justicia : mas para manifestaros que no fueron sus robos los que nos pusieron las armas en la mano, os pregunto : si talaban nuestros campos esos peces que perseguimos en un mundo tan diferente del nuestro. No, nada podia movernos á manchar nuestros altares con la sangre de los animales; y, pues no me está permitido ofrecer al cielo los frutos robados en el campo de mi vecino, ¿deberé yo presentarle el homenaje de una vida que no me pertenece? ¿Cuál es por otra parte la víctima mas agradable á la divinidad? Los pueblos y los sacerdotes se dividen sobre esta cuestion. En una parte se sacrifican los animales salvajes y maléficos; y en otra los que asociamos á nuestros trabajos. Presidiendo el interes del hombre á esta eleccion, de tal modo ha seguido á su injusticia, que en Egipto es una impiedad sacrificar vacas, y un acto de piedad inmolar toros.

En medio de estas incertidumbres, conoció fácilmente Pitágoras que no se podia desarraigar de una vez el abuso autorizado por una larga serie de siglos. Se abstuvo de los sacrificios sangrientos. Lo mismo hizo la primera clase de sus discipulos. Las demas, obligadas á conservar todavía relaciones con los hombres, tuvieron la libertad de sacrificar un corto número de animales, y de probar mas bien que comer su carne.

Era esta una condescendencia al parecer justificada por el respeto del uso y de la religion. Excepto esto, nosotros vivimos en comunidad de bienes con los animales mansos y apacibles. Nos está prohibido hacerles el menor daño. A imitacion de nuestro maestro tenemos verdadera aversion á las profesiones destinadas á matarlos. Se sabe por la experiencia, que el frecuente derramamiento de sangre, hace contraer al alma una especie de ferocidad. Nos esta prohibida la caza. Renunciamos todos los placeres; pero somos mas humanos, mas compasivos y mas pacificos que los demas hombres; y añado que mucho peor tratados. No se ha omitido medio alguno para destruir una congregacion piadosa y sábia, que renunciando todos los placeres de la vida, se habia dedicado enteramente á la felicidad de las sociedades.

Anacarsis. Veo que conozco mal vuestro instituto; ¿me atreveré á suplicaros que me deis una justa idea de él?

Samio. Ya sabeis que Pitágoras fijó su mansion en Italia, cuando volvió de sus viages; que por sus exhortaciones las naciones griegas establecidas en aquel fertil pais, pusieron las armas á sus pies, y le hicieron árbitro de sus intereses; que hecho tal les enseñó á vivir en paz consigo mismos, y con los demas; que hombres y mugeres se sometieron con igual ardor á los mas

duros sacrificios ; que se vió correr á él una multitud de discípulos de todas las partes de Italia y de Sicilia ; que Pitágoras se dejó ver en las cortes de los tiranos sin adularlos, y les obligó á bajar del trono sin sentimiento, y que al ver tantas y tales mudanzas decian los pueblos á voces, que se había dejado ver sobre la tierra un dios para librarla de los males que la afligian.

Anacarsis. ¿ Pero no se valieron él ó sus discípulos de la mentira para mantener esta ilusion? Acordaos de todos los prodigios que se le atribuyen : calmado el mar á su voz, disipada la borrasca, la peste suspendiendo sus furores ; y despues aquella águila que hizo bajar de los aires y posarse en su mano ; y aquella osa, que docil á sus órdenes, no vuelve á embestir á los animales tímidos.

Samio. Esas relaciones extraordinarias me han parecido siempre desnudas de fundamento. En nada veo que Pitágoras se haya arrogado el derecho de mandar á la naturaleza.

Anacarsis. A lo menos convendreis en que pretendia conocer lo futuro, y haber recibido sus dogmas de la sacerdotisa de Delfos.

Samio. En efecto, creia en la adivinacion ; y este error, si lo es, le fué comun con los sabios de su tiempo, con los del tiempo posterior, y con el mismo Sócrates. Decia que su doctrina emanaba del oráculo de Delfos. Si esto es delito,

es preciso acusar de impostura á Minos, á Licurgo, y á casi todos los legisladores, quienes para dar autoridad á sus leyes, fingieron que los dioses mismos se las habían dictado.

Anacarsis. Permitidme insistir ; porque cuesta trabajo desprenderse de las preocupaciones rancias. ¿ Por qué está su filosofía cercada con un triplicado muro de tinieblas? ¿ Cómo es que un hombre que tuvo bastante modestia para preferir al título de sabio el de amante de la sabiduría, no tuvo bastante franqueza para anunciar abiertamente la verdad?

Samio. De esos secretos que os espantan, los hallareis en los misterios de Eleusis y de Samotracia, entre los sacerdotes egipcios, y en todas las sociedades religiosas. ¿ Pero qué mas? ¿ no tienen nuestros filósofos una doctrina reservada exclusivamente para aquellos discípulos, cuya circunspeccion han experimentado? En otro tiempo eran demasiado débiles los ojos de la muchedumbre para sufrir la luz ; y aun ahora ¿ quién se atreveria á explicarse libremente en medio de Atenas sobre la naturaleza de los dioses, y sobre los vicios del gobierno popular? Hay pues verdades que el sabio debe guardar como en depósito, y no dejarlas caer, por decirlo así, mas que gota á gota.

Anacarsis. Pero vos encubris con velos casi impenetrables las que se debian esparcir á ma-

nos llenas, como son las verdades de la moral. Cuando en lugar de exhortarme á huir de la ociosidad, ó no irritar al hombre colérico, me prohibis sentarme sobre la media fanega, ó atizar el fuego con una espada, es evidente, que añadís al trabajo de practicar vuestras lecciones, el de entenderlas.

Samio. Ese trabajo es el que las graba en el alma. Con mas cuidado se conserva lo que mas cuesta adquirir. Los símbolos excitan la curiosidad, dan un aire de novedad á las máximas triviales; y como ellos se presentan mas á menudo á nuestros sentidos, que los otros signos de nuestros pensamientos, añaden crédito á las leyes que encierran. Así que, ni el militar puede sentarse á la lumbre, ni el labrador mirar la fanega sin acordarse de la prohibicion y del precepto.

Anacarsis. Tanto amais el misterio, que uno de los primeros discípulos de Pitágoras incurrió en la indignacion de los otros, por haber publicado la solucion de un problema de geometría.

Samio. Entonces estaban todos en la persuasion de que la ciencia, lo mismo que el pudor, debia cubrirse con un velo, que da mas atractivos á los tesoros que oculta, y mas autoridad al que la posee. Pitágoras se aprovechó sin duda de esta preocupacion; y aun yo confesaria, si así lo quereis, que imitando á algunos legisla-

dores, empleó algunos engaños piadosos para acreditarse entre la muchedumbre; porque yo desconfío igualmente de los excesivos elogios que se le dan, y de las acusaciones odiosas con que se le carga. Lo que asegura su gloria, es que concibió un proyecto grande; el de una congregacion, que durando siempre, y depositaria de las ciencias y costumbres, seria el órgano de la verdad y de la virtud, cuando los hombres estuviesen en disposicion de oír la una, y practicar la otra.

Abrazaron este instituto muchos discipulos. Los reunió en un edificio inmenso, donde vivian en comunidad, y distribuidos en diferentes clases. Unos pasaban su vida en la contemplacion de las cosas celestiales; otros se dedicaban á las ciencias, principalmente á la geometría y astronomía, y otros en fin, llamados ecónomos ó políticos, estaban encargados de mantener la casa, y de los asuntos pertenecientes á ella.

No era facil el ser admitido cualquiera en el noviciado. Pitágoras examinaba el caracter del pretendiente, sus hábitos, su modo de andar, sus palabras, su silencio, la impresion que hacian en él los objetos, y la conducta que habia tenido con sus padres y amigos. Una vez admitido, depositaba todos sus bienes en manos de los ecónomos.

Las pruebas del noviciado duraban muchos